

dado á la crápula y á los goces sensuales, y al par ambicioso y egoísta: dedícase á la abogacía, y su elocuencia sonora y enfática le vale muy pronto clientela, fama y dinero.—La amistad entre dos seres tan diferentes, se mantiene por la fuerza de la costumbre. Un día Marcelo participa al doctor Pedro que va á casarse, no por amor, sino por conveniencia. “Una señorita rica, hermosa, de buena familia...”

Así que el Doctor ve á la prometida de su amigo, comprende que la muchacha —criatura encantadora— está alucinada por el lenguaje del brillante abogado, y toma sus frases al pié de la letra; impresión que hace reflexionar al médico sobre el verdadero carácter de su amigo, y temer por la pobre niña la desilusión que sucederá al entusiasmo. De este sentimiento nace el interés singular que Clotilde empieza á inspirar al doctor.

Pasados los primeros meses de luna de miel, la amistad del médico y el abogado se reanima. Pedro no se da cuenta de que

lo que le atrae á casa de su amigo es ya Clotilde, á quien los defectos y vicios de su esposo comienzan á hacer desventurada. Primero burlas, desdenes, injurias; luego abandono, escandalosa infidelidad: Audoin, entretenido con una vil criatura, deja á su mujer y al doctor frente á frente, empujándoles, por decirlo así, á que se acompañen y quieran. Entre el proxenetismo vergonzoso del marido y las fuerzas de la naturaleza afectiva, engéndrase una intimidad puramente moral entre Clotilde y Pedro. Viene á estrecharla un suceso previsto ya por el médico. Audoin, incapaz de contenerse en el abuso de las bebidas alcohólicas, sufre una hemiplegia que pone en peligro su vida; los cuidados que le consagran reúnen más y más á la esposa y al amigo, y éste, al deslumbrador rayo de luz de suponer viuda á Clotilde, mide toda la profundidad del cariño que le atrae hacia la infeliz mujer.

Aquí se presenta el terrible caso de conciencia que informa todo el libro. Pe-

dro tiene en sus manos la vida del hombre que es único obstáculo á su felicidad. Hay más: el mismo Marcelo le ha otorgado hace tiempo derecho de vida y muerte, diciéndole: "Si algún día me ves impedido, alelado, objeto de lástima y repugnancia, yo te lo suplico por nuestra amistad: abrevia mi vida, lo agradeceré como el mayor favor." Pedro inyecta todos los días á su amigo una dosis de morfina, á título de sedante y de anestésico. Con reforzar un poco la dosis...

Pedro es un alma honrada, una conciencia recta; la tentación tarda muchísimo en señorearle, y más de una vez retrocede vencida. Si Marcelo no fuese marido de Clotilde, podría tener algún valor, como excusa, el recuerdo de la palabra empeñada al enfermo de abreviar sus sufrimientos; pero el médico ve claro y comprende que redoblar la dosis, acallar las torturas del paciente, amando á su mujer, es *un asesinato*. Hasta se aparta de su cabecera, sin querer asistirle más, por no ser tentado, por no ver á Clotilde

desmejorarse y enfermar á su vez, quebrantada por la ruda labor de la perseverante asistencia. Cuando vuelve á la cabecera de Marcelo, niégase á administrarle ni la menor cantidad de morfina, declarando que puede ser mortal; pero los dolores aprietan; él enfermo la pide con empeño; los mismos enfermeros insisten... y Pedro, en un súbito arrebató, carga la jeringuilla y duerme á su amigo hasta el día del juicio final.

Espirado el luto, se casan Pedro y Clotilde, y empieza la lenta roezón del remordimiento y de la ansiedad moral á ejercer su oficio vengador. Envenena la ventura del nuevo matrimonio; devora, como un corrosivo, el alma del médico: en vano quiere hacerse á sí propio razonamientos sofisticos, creer que no envenenó á su amigo por interés, sino por compasión, por cumplir la palabra empeñada... La conciencia habla, grita, se impone: Pedro consulta á un jurista, y el jurista, que representa el mundo, le excusa, le absuelve: la absolución no tranquiliza al culpa-

ble, y entonces el médico se dirige á Dios, representado por un sacerdote, el Padre Borrant. He aquí la respuesta del Padre: "No puedo hablarle á V. como le hablaría á un cristiano, porque V. no cree en la revelación... Pero la eterna moral, que existe para los impíos como para los creyentes, fija á los unos y á los otros las condiciones del perdón... Sólo una cosa puedo decir á V. *¡Hay que expiar!*"

Expiar... ¿y cómo? No con penitencias, ni con disciplinas, ni con oraciones... Devolviendo lo robado, restituyendo la felicidad adquirida á precio de la paz del alma... Pedro, más enamorado que nunca de Clotilde, se arranca de sus brazos, la deja, la abandona para siempre; vuelve á la soledad, á la privación de todo afecto y toda alegría. "Y he descubierto, al término de mis luchas, la ley cristiana: renunciar á sí mismo es mayor ventura que desarrollar la energía y el espíritu conquistador."

La Sacrificada termina así, en las más

altas cimas de la vida moral. Sin necesidad de leyes, de jueces, de vindicta pública, de opinión, ni de religión siquiera, por la fuerza aislada de ese misterioso regulador interno que llamamos conciencia, el culpable se acusa, se condena, ejecuta el veredicto, y al ejecutarlo se transforma y redime. Este individuo superior, raro pero no inverosímil, materia dispuesta para santo por poco que le anime el soplo de la fe, puede adoptar por lema cuatro versos de otro filósofo compatriota de Rod:

«J'avais cru voir briller la vérité lointaine
et, sentant un espoir infini dans mon cœur,
j'oubliai désormais toute pensée humaine,
pour suivre dans la nuit sa divine lueur...»

HUYSMANNS: *Allá abajo.*

Pocas palabras y al caso. La última novela de Huysmanns es sacrilega, demoníaca y obscena: todo en grado superlativo, antipático y nauseabundo; leyéndola entran ganas de aplicar á Francia aquel pensamiento de Bonald: "Cuando la so-

ciudad se constituye de un modo irregular, abundan en ella los ingenios torcidos, los caracteres raros, los tipos estrambóticos, las imaginaciones desencadenadas, los originales y los dementes. Después de los cambios religiosos y políticos de Inglaterra bajo Enrique VIII, viéronse en esta isla una infinidad de alienados, y aun hoy existen allí más entes estrafalarios que en parte alguna.,,

No recuerdo quién dijo también que las sociedades que descreen de Dios creen á piés juntillas en el diablo. No sé si París ha llegado á presenciar las abominaciones de la "misa negra., que Huysmans refiere con delectación mprosa: pero nada habrá que me sorprenda de una capital donde todavía es muy lucrativa industria la de echar las cartas, levantar figura y trazar horóscopo. A semejante "estado de alma., corresponde exactamente otro "momento psíquico.,: el de alzar el palco, clavar el poste, alinear el sambenito y la corozza con sus lagartos, culebrones y sabandijas, armar la proce-

sión con las cruces verdes y blancas, y en el brasero de sesenta piés en cuadro y de siete piés en alto, arrojar á los pertinaces réprobos... con el pregón siguiente: "Esta es la justicia que manda hacer el Santo Oficio de la Inquisición.,,

En un mismo estante de la biblioteca —oculto rincón donde se van depositando las deformidades del ingenio y las fiebres de la fantasía — juntemos fraternalmente la novela de Huysmans con *Cornelia Bororquia* y *La papisa Juana*, de Roidís; libros, en resolución, más corcovados aún que dañinos.

BARRÉS: *El Jardín de Berenice.*—*Examen de tres ideologías.*

El joven escritor y diputado Mauricio Barrés, cuyo nombre trae y lleva mucho, de cinco años á esta parte, la prensa francesa, pasó por Madrid no hará un mes, y charlamos largo y tendido sobre sus obras y las ajenas. Tengo que confesar humildemente que de nada me sirvió esta conversación (salvo de recreo y solaz), pues

no logré darme cuenta de los propósitos literarios de la nueva generación, cosa que me agradaría saber de boca de un tan famoso representante de los *jeunes*. Debe de consistir en torpeza mía, pues Barrés (digase lo que se quiera de sus obras) es persona culta, discreta y delicada al expresarse. Lo único que me consuela un poco es leer, en el libro titulado *Un holandés en París*, que su autor el Sr. Byvanck no ha sido más afortunado que yo, pues después de una larga conversación con Barrés, tampoco logró "fijar sus ideas flotantes.". Cuando Byvanck pidió la clave al autor del *Jardin de Berenice*, éste respondió con loable ingenuidad: "Es, á no dudarlo, culpa del escritor, si tiene que explicar después lo que quiso decir en sus obras. Por eso admiro tanto á los que poseen el don de expresar completamente su idea, en todas sus fases y matices."

También es verdad que yo luchaba con el inconveniente de ser á la vez preguntada y preguntona. Barrés, que venía á

España á formarse alguna idea, sobre el terreno, de nuestros escritores místicos, me interrogó en forma acerca de Santa Teresa, San Juan de la Cruz, Malón de Chaide, sobre el ambiente de Avila y Medina, y me habló con entusiasmo de San Ignacio de Loyola, cuyos ejercicios le parecen "la más curiosa maquinaria psicológica que ha visto en su vida.". Ni por esas; ni por haber leído el artículo de Merce Fouquier en la *Revue Bleue* (que es una suave despellejadura), y el libro de Byvanck, y el *Jardin de Berenice*, y el *Examen de tres ideologías*, estoy más adelantada y menos indecisa respecto á lo que pueden valer y significar Mauricio Barrés y las ideas estéticas que representa.

Fouquier, que llama á Barrés "el más visible de los neopsicólogos.", afirma que en París está de moda no encontrar tan obscuro á Barrés. ¡Entonces, pobre de mí, pues le hallo caliginoso!

Ni Kant, ni Hegel, ni Santa Teresa, ni otros filósofos y psicólogos muy sutiles, me han parecido nunca realmente obscu-

ros. No por eso diré que se les pueda leer de un tirón, con la atención entornada, como se lee un periódico ó un libro ameno. Hay que mascar la lectura; pero una vez mascada, se digiere y asimila. ¿Por qué? A mi modo de ver, porque los pensadores que he nombrado (y en general todo pensador profundo y vigoroso) también han mascado antes lo que escribieron, sacándose el jugo á sí propios y encadenando su pensamiento al rigor de una lógica que traba indestructiblemente las piedras del edificio que van alzando. Cada idea se enlaza con las anteriores: cogido el cabo del hilo, va saliendo poco á poco toda la madeja. No sucede así en los libros de Barrés, que no son elaborados de substancia personal, sino fruto de una filosofía bebida en varios autores muy ilustres. Es decir, que Barrés no tiene aún concepto propio del mundo. Al leer *El Jardín de Berenice* creo ver á un andarín poco avezado todavía, que salva con brío algunos kilómetros, y de pronto se siente rendido y se deja caer al

suelo. La obscuridad de Barrés es debida á dos causas: inconsecuencia del pensamiento y deficiencia de la forma artística al expresarlo.

Se nota mejor esto último comparando *El Jardín de Berenice* con el *Examen de tres ideologías*. Es *El Jardín de Berenice* libro de carácter figurativo y simbólico: pareceme ver allí una obsesión dantesca: *Berenice ó Sacudidilla*, moza plebeya y del partido, representa la apoteosis de lo inconsciente, lo instintivo de las masas, mientras Felipe, su adorador, encarna el pensamiento reflexivo y la enfermedad sensible moderna. Esta misma idea, sin tantos tiquis miquis pero con gran verdad y no poca psicología, la desarrolló Galdós en una de sus obras maestras, en el tipo de *Fortunata*. Sólo que *Fortunata* es muy simpática, muy mujer, muy persona, muy corazón, y esta empecatada Berenice francesa parece "un tarriño de pomá... Y hagamos caso omiso de ciertas cosas... porque la tal Berenice... En fin, ni indicarlas debo: quédense para

el curioso lector las *singulières défai-
lances de Petite Secousse*.

A mi modo de ver, la originalidad de un libro consiste en la novedad y eficacia de su contenido intelectual ó artístico, no en pueriles alambicamientos ni en que los capítulos estén divididos en secciones numeradas con letras griegas. Tampoco la sensibilidad se revela en vanas palabras. En *El Jardín de Berenice* no hay un adarme de sensibilidad, á pesar de las reiteradas protestas del autor de que quiere á Berenice, y de que Berenice le conmueve, y de que le cuesta un gran disgusto ver morir á Berenice. Ninguna fibra humana responde en mí á este frío y quitesenciado simbolismo. Cualquiera página sencilla, natural, hasta vulgar, me parece preferible á las *tiologías* del jardín de Aigues Mortes.—Muy anticuada está *Graziella*, obra en que encuentro analogías de concepción con *El Jardín de Berenice*, ¡y, sin embargo, *Graziella*, aún hoy, quizá en todo tiempo, puede hacer soñar, hacer sentir!

Indudablemente lo mejor, lo más digno de una atención y un interés que yo no quisiera regatear al joven neopsicólogo, es la parte mental, y por eso el *Examen de tres ideologías*, donde los conceptos se nos presentan desnudos de su desairado ropaje novelesco, más trabados, más firmes, me parece muy superior al *Jardín*. En el *Examen ó Clave* de sus tres libros, titulados *Ante los bárbaros*, *Un hombre libre* y *El Jardín de Berenice*, Barrés se deja de símbolos enrevesados, habla claro, con ilación y fijeza, y sostiene su método práctico-ideal, *el culto del Yo*. Este opúsculo sí que delata á un pensador que no carece de cierta originalidad, por lo menos en el modo de exponer. En prueba citaré algunos párrafos llenos de lucidez y de verdad relativa.

“Todo pensador reconoce que la conservación de los organismos se debe al egoísmo. La única aspiración posible es combinar los intereses humanos de tal suerte, que el interés general y el particular marchen en la misma dirección. Los jó-

venes sinceros que no encuentran, al entrar en la vida, un dueño á quien servir, *sea axioma, religión ó príncipe entre los hombres*—algo que se les imponga—tienen ante todo que servir á su Yo. Lo primero es afirmarse existentes. Cuando sean fuertes y dueños de su alma, que se conviertan á la humanidad y busquen senda común donde armonizarse.

“Nuestro Yo no es inmutable: hay que defenderlo y crearlo todos los días. El culto del Yo no consiste en que nos aceptemos tal cual somos. La Ética en que con ardor nos complacemos, reclama esfuerzo constante. Es una cultura que se verifica *recortando y ensanchando*: tenemos que depurar el Yo de las partículas ó cuerpos extraños que la vida le agrega, y añadirle... ¿qué? todo cuanto le es idéntico y asimilable: hablemos en plata: todo cuanto se le adhiere cuando se entrega sin reacción á sus fuerzas instintivas.”

No puede un artista encontrar mejor programa, ni más nítidamente formula-

do. Ciertó que Goethe lo había enunciado en el tono majestuoso y profundo que caracteriza al semidios; pero en el terreno de los sistemas metafísico-prácticos poco cabe ya inventar ni descubrir; la época es de *rumiar ó repensar* por cuenta propia, y en forma lo más individual posible, las afirmaciones añejas. En esto consiste el valor de la tentativa de Barrés.

Este autor, ya celebrado, es muy joven aún: no sé si ha cumplido los treinta. La vida y el arte son todavía para él senda que asciende al monte florido, no cuesta pedregosa que baja al sombrío valle. Aplauso, nombradía, posición, hogar, juventud, le rodean como otros tantos elementos de ventura y otras tantas promesas de cosecha en otoño. Sin embargo, el rostro y la expresión de Barrés son de fatiga y tristeza. ¿Qué tendrá esta literatura novísima francesa, que, cuando no parece arte de damiselas con colorete y pomito de olores, parece arte de mochuelos, todo negrura y nostalgia?